de la procesión, entre cuyo público no se veía ni un gesto, ni una sonrisa, ni un ademán, ni cogí al vuelo una palabra que expresase un sentimiento ó un pensamiento del cual los que desfilaban pudiesen ofenderse.

Una viva curiosidad, mezclada de una gran simpatía más viva aún, me impulsó á preguntar quiénes fuesen y á dónde iban todos aquellos hombres y todas aquellas mujeres que daban tan hermoso ejemplo de fraternidad y de dignidad de ciudadanos, recibiendo de sus conciudadanos una demostración de respeto tan digna de un pueblo culto y de un país civilizado. Y dirigiendo mi pregunta al primero que tenía al lado, me contestó atentamente:

—Son los socialistas, que van á celebrar una de sus fiestas al campo.

EL SOCIALISMO EN UN SALÓN

(FRAGMENTO)

. . . . . .

ENCONTRÉ en casa de Cambiari una docena de convidados, los cuales habían acabado entonces de tragar una de las suculentas comidas que el dueño de la morada daba cada quince días á un incierto número de amigos; porque hacía invitaciones, por olvido á varios, hasta á horas distintas.

El pequeño salón, en el cual la desarmonía de los muebles y de los colores y el amontonamiento de la quincallería rota ó despicada por los chicos, indicaba el tono de la vida de aquella familia, estaba lleno de bote en bote en el momento que nos ocupa.

Pero, á Alberto, preocupado con su idea, no desagradaba aquella muchedumbre, que

en otra ocasión le hubiera resultado molesta. Apenas entró, sin embargo, advirtió en más de una cara, y por un ligero murmullo, que durante la comida debían haber hablado de él y de sus actos, imaginándose de cuáles se trataba. Había allí dos ingenieros, un contratista de obras, varios empleados jubilados, que también encontrara alguna otra vez, desconocidos casi todos, luciendo chalecos blancos y vistiendo de etiqueta, y tres señoras jóvenes, además de numerosísima progenie del dueño de la casa, de la cual asomaban los hociquillos, posados detrás de los respaldos de las sillas, viéndose á varios convidados con los ojos brillantes y las mejillas de escarlata, en quienes se adivinaba el prurito de una discusión. Alberto se preparó á un asalto, y éste le fué dado casi inmediatamente; primero, en forma de broma, después, poco á poco, seriamente, pero con una tan manifiesta ignorancia de los elementos de la cuestión, con tan ingenuo tropel de los más absurdos lugares comunes, que él continuó parando los ataques con golpes de argucia, sin perder ni un solo instante su buen humor. Cuando los asaltadores empezaban su tarea, llegó la visita del matrimonio

Luzzi; la señora rebosando vida, encerrada en un fresco vestido color *habana,* que daba á su rostro morenillo, marcado con un lunar, gracia adorable: y este espectáculo cortó de repente toda discusión.

Alberto expuso entonces á Cambiari en un aparte, la idea de su trabajo y le dijo su deseo de hablar con Baldieri.

—¿El anarquista Baldieri?—exclamó Cambiari dando un paso atrás, y añadió en tono de advertencia:—Alberto, ten cuidado.—La cosa, además, por otra parte, no era tan fácil; Baldieri hablaba con él con entera confianza, porque era un burgués lógico y sincero, ó sea un enemigo abierto y declarado; pero con un burgués socialista, con un revolucionario hipócrita, como él los llamaba, raza ésta más odiosa para aquél que los reaccionarios rabiosos, debía ser harina de otro costal. El peligro además de que se le dijera que no. Sin embargo, insistiendo Alberto, le prometió que le hablaría, y le dió algunos informes. Era un obrero culto, había seguido los estudios de segunda enseñanza, aunque no completos; parecía un empleado burgués; pero que se diese por avisado: no debía esperar cumplimientos de parte de él. Después le dijo bajando la

voz, señalando á la tertulia:—Si te vuelven á atacar, tira adelante y sal del paso bromeando, te lo ruego.

Con efecto, volvieron á atacarle; un viejecillo inválido, condecorado, áspero, de conocida avaricia, le preguntó:

—Francamente, Alberto,—agitando una mano en el aire—pero en suma, ¿á cuál de las escuelas socialistas pertenece Ud., se puede saber?

Alberto respondió:—¿Para qué sirve decir la escuela á quien no acepta ninguna, y hablar de remedios sociales, á quien no cree más que en males irreparables, y hasta niega que existan?

—Nosotros no negamos los males—respondió otro,—pero queremos repararlos con la caridad.

Alberto se acordó en aquel momento de que en una suscripción pública del invierno pasado, aquel señor había enviado á un periódico 2 pesetas por sí y 50 céntimos por cada uno de los miembros de su familia, figurando todos en las columnas del mismo; y había resultado que hacía estampar siete veces su apellido por poco más de un duro. Es decir, la tarifa aproximada de las inserciones por anuncios.

—¡Conque la caridad!—le dijo.—Entonces, bien está, pero cuide Ud. de no arruinarse.

La estocada era fuerte; las señoras no pudieron contener la risa. La Luzzi ocultó el rostro con el abanico.

Un desconocido cubrió la retirada del viejecillo repitiendo su pregunta.

—Diga, pues, ¿es colectivista, es comunista? Y para la igualdad absoluta en un nuevo orden social, ¿pondría Ud. al par á Dante y á un estúpido?

—¿Y qué perdería Ud.—repuso Alberto—con aceptar una semejante reorganización social?

Se oyeron arrastrar algunas sillas, pero el herido no sintió el golpe al principio. Viendo, sin embargo, sonreir á la señora Luzzi, sospechó algo y dijo picado:

—Usted oficia de socialista con un segundo fin.

Alberto le miró con estupor y preguntó sonriente:

—¿Para tener sueldo y condecoraciones?

El otro permaneció un poco desconcertado, y después añadió:

—Para hacerse elegir diputado.

Alberto se echó á reir.

—Pero, querido señor, busque un modo más ingenioso para llamarme tonto. Sería como si me embarcase en Génova para llegar más pronto á Venecia.

El desconocido quiso responder, pero el viejo empleado cubrió su voz para decir ásperamente:

—No creo que se pueda profesar en serio semejante idea. Un burgués socialista no es más que un negro afeitado.

—Esa frase no es suya—exclamó Alberto.

—¡Oh, señor caballero—recalcó la Luzzi: —Ud., pues, reconoce que pertenece á una raza inferior!—La frase hizo reir. Alberto se volvió á mirar á la señora y le dijo:

—Hé aquí mi aliada.

Pero varias voces le asaltaron todas á la vez, preguntándole por qué si era socialista, no empezaba á repartir su propiedad entre los que no tenían nada.—¡Oh, bella ocurrencia!—respondio Alberto;—pues por dos motivos sencillamente: primero, porque si me redujese á la pobreza, perdería mi independencia; y debiendo pedir trabajo y dinero á la burguesía, no sería ya libre de manifestar mis ideas; y segundo, porque hoy, tal como está constituida la sociedad, no pudiendo mis hijos ganar para vivir

antes de los diez años, ó morirían de hambre, ó deberían dejar los estudios para ponerse á trabajar en un oficio.

—¡Magnífico!—gritó el empresario de obras con aire de triunfo.—Pero si es usted socialista, ¿por qué no pone á sus hijos á trabajar en un oficio manual?

—Porque no tengo derecho á forzar su voluntad y quitarles violentamente de la clase en que han nacido; si esto lo hiciese con su consentimiento, por efecto de las ideas que hoy reinan, serían despreciados, tanto por la clase de la cual saldrían, cuanto por aquella en la cual entraban.

—¡Pobres razones!—repuso un viejo comandante retirado, amigo de Luzzi.—Quien está persuadido de una idea, debe sacrificarlo todo. Usted debería ser el primero en dar ejemplo.

Á este señor contestó la señora Luzzi:

—Si eso es así, señor comandante, ¿por qué Ud., que quiere libertar á Trieste de Austria, no toma un fusil y parte el primero para la frontera?

El comandante se volvió diciendo que la comparación no era apropiada; pero la señora Luzzi añadió:

—Es posible; pero ¿qué me dice Ud. de

la contradicción en que incurren tantos, diciendo al que es socialista, si es rico, que debe dar todo á los demás, y si es pobre, que es socialista porque no tiene nada que perder? ¿Qué lógica es ésa?

Todos permanecieron un tanto desconcertados, pero hicieron como que tomaban aquella manera de argumentar en broma, y cambiaron la conversación, para preguntar á Alberto qué idea tenía sobre la propiedad, y si el socialismo quiere obligar á todos á que trabajen.

—El socialismo—repuso Alberto—no quiere abolir, simplemente, sino la propiedad que da manera de vivir sin trabajar.

—Jamás se llegará á eso—exclamó el comandante. La propiedad es un instinto, y hasta la ardilla, hasta el topo de los campos, son propietarios, porque reúnen para el invierno provisiones abundantes, de las cuales les sobra una parte para la primavera. Véase, pues, que hasta entre las bestias se ve que tienen lo superfluo, porque han sido previsoras.

—Pero los animales—respondió Alberto—hacen sus provisiones por sí mismos; no se las mandan hacer á los demás, y no se aprovechan de otros que no han trabajado

para reunirlas, así como los topos no les dejan á sus hijos dinero, sino provisiones para que vivan.

—Esas son bromas—respondió uno de los dos ingenieros;—no hay necesidad de recurrir á los animales. Usted, que es literato, debería saber la definición que ha dado del hombre un gran escritor. El hombre es un animal propietario. ¿Qué tiene que responder, señor profesor?

—Pues le respondería que no discuto aquel epíteto con quien se aplica aquel substantivo.

La Luzzi se echó á reir; el ingeniero se encogió de hombros y dijo:

—No son cuestiones para poderse tratar con juegos de palabra y de ingenio.

—Pero, ¿cómo quieren que discuta—respondió Alberto riendo,—si me asaltan ustedes todos juntos, y no me dejan tomar aliento?

—La propiedad es fruto del trabajo.

—No toda, ni siempre.

—¿Cómo no toda, ni siempre?

—¡Eh, vamos, vamos!—dijo Cambiari al ingeniero.—¿Qué trabajo te han costado á tí las 80.000 pesetas que ganaste vendiendo los terrenos de San Salvanio en

diez veces más del precio en que los adquiriste?

—¿Eres socialista tú también?—le respondió el interpelado.

—Cuando estoy desocupado—repuso Cambiari.

—Pero aquel es un caso excepcional—dijo el comandante.—Tomemos á nuestro contratista, que está allí presente; él no trabaja ya con los brazos, pero es más benemérito que si trabajase, porque con la propiedad adquirida da trabajo cada año á 200 obreros.

—¿Da trabajo?—interrumpió Alberto.—Perdone Ud., mi comandante; yo pregunto si no son los 200 obreros los que le dan su trabajo á él.

—¿Cómo?

—Sin duda: si el trabajo de aquellos 200 obreros no le proporcionara á él muchos miles de pesetas, ¿les daría ocupación?

—Esa es una argucia.

—Una argucia de abogado—añadió el empresario.

—Sí, es el abogado del trabajo, y hará este caballero la defensa de los desheredados, «el amigo de los obreros», título de un almanaque de 10 céntimos.

—¡Ah! ¿Es Ud. amigo de los operarios que descansan el lunes porque se emborrachan el domingo?—preguntó un señor gordo que tenía las manos cruzadas sobre el vientre.

—¿Y por qué no?—dijo la señora Luzzi con sonrisa encantadora.—¿No es amigo de Ud., que descansa toda la semana?

Todos se echaron á reir, hasta el señor gordo; y esta vez Alberto se volvió hacia la señora con un movimiento de viva simpatía, que ella percibió.

—Eh, querido señor—repuso el empresario:—usted hace de abogado de los obreros sin conocerlos, pero cambiaría de idea si tuviese que ver algo con ellos. Reacios para la faena, bribones, ignorantes y presumidos, todo á la vez, maldicientes, furiosos contra sus amos..... ¡Un buen obrero es una mosca blanca, créalo usted!

—No comprendo—respondió Alberto,—pero si los obreros son holgazanes, ¿quién ha hecho todo el enorme trabajo manual del cual la sociedad tiene necesidad diariamente? También se emborrachan otros muchos señores en lugares más limpios, es verdad, pero sin la excusa de tener por casa cuevas en las cuales repugna pasar la no-

che y sin la ventaja de poder esconder la borrachera en un *simón*. ¡Que son ignorantes! Esto es verdad, y no tiene disculpa. Cuando los veo volver á casa por la noche, reventados de diez horas de trabajo, yo me pregunto: ¿Por qué no van al Círculo filológico? ¿Que hablan mal de los amos? Pero me parece que Ud., á su vez, no hace el panegírico de ellos!

—Bien respondido, seguramente, pero le repito una cosa: sólo quisiera que tuviera que entenderse con ellos una semana, y después me daría su parecer sobre las ocho horas de trabajo.

—El trabajo es un freno—indicó sentenciosamente el viejo empleado.

—Es un freno que mata; no es ya un freno, es una cabezada.

—Y quieren suavizarla los profetas socialistas predicando el trabajo de tres horas al día.

—Es un absurdo—dijo dulcemente un señor que hasta entonces no había hablado,—aun por respeto á la Religión. El trabajo es un castigo á que Dios ha condenado á los hombres, y no sería un castigo si se redujera á tres horas.

—Entonces—respondió Alberto,—usted,

que vive de sus rentas, no desciende de Adán, porque Dios no le ha condenado al trabajo.

—Sí, pero por mí trabajó mi padre.

—Y ¿por qué—preguntó la señora Luzzi—Dios ha castigado á su padre y á Ud. no?

El señor permaneció tan desconcertado, que para ayudarle el ingeniero, su vecino, apostrofó de improviso á la dueña de la casa:

—¿Nos dice Ud. su parecer, señora Cambiari?

La señora volvió hacia él su cara ingenua, y respondió con amable sencillez:

—Mi parecer es el de todos, creo yo.—¿Por qué se trabaja? Para vivir; luego cuando se tiene para vivir, para qué se ha de trabajar.

Aplaudieron todos riendo, excepto Alberto, que buscaba con su mirada los ojos de la señora Luzzi, los cuales se escapaban; pero la discusión se reanimó alrededor del acostumbrado argumento de si los obreros tienen ó no razón para quejarse, y todos se echaron encima de Bianchini. El comandante dijo que el bienestar era lo que los echaba á perder. El señor gordo, que

siempre mantenía las manos sobre su vientre, aprobó, añadiendo que precisamente por aquella causa no era siquiera de desear un mejoramiento notable del estado de ellos.

—Está probado—añadió,—está probado,—repitió alzando la voz, para cubrir la de los chicos que gritaban en un rincón—está probado que con disminuir el precio de los géneros alimenticios, aumenta el número de los delitos contra la propiedad;—y agregó bajando la voz—y contra el pudor.

—Si así fuese—respondió Alberto,—los italianos serían los más castos de la tierra.

—Si fuese verdad—añadió la Luzzi,—usted que es un tan fino gastrónomo, ya habría sido arrestado.—Muchos se echaron á reír, otros hicieron gestos de desaprobación.

—Pero Ud. hace mal—volvió á indicar el señor sin turbarse—porque es la mala nutrición, la mala alimentación la que entristece al hombre.

—¿Sabe Ud. el proverbio alemán, *Der mensch ist vas er isst?* El hombre es lo que come. Ó, en otros términos:—Dime lo que comes y te diré quién eres.

—¡Pero, Sr. Luzzi!—exclamó Cambiari volviéndose.—Su señora de Ud. es socialista, y acaso ella catequice á usted.

Luzzi, que no había todavía abierto la boca, movió la cabeza en actitud de compasión hacia su mujer, como dando á entender que era una loca. Después expuso sus propias ideas, poniendo en sus ojillos de topo una expresión finísima de astucia. Eran todos enfermos de imaginación. El socialismo constituía un fantasma creado por los burgueses, el cual se asemejaba á cierto paciente que, á fuerza de hablar de una enfermedad que no tiene, acaba por sufrirla de verdad. Él había adoptado el propósito de no desplegar los labios en aquella controversia, porque le causaba lástima. Todos se encogieron de hombros. Aquel Luzzi no tenía sentido común. El socialismo existe, por desgracia, y demasiado crecido; pero era el socialista de clase media aficionado, el que más fortificaba su vida. Son ellos—dijo el viejo empleado á Alberto, repitiendo palabras recientemente leídas—quienes juegan con el monstruo todavía pequeño, naciente, con una cinta al cuello, como si fuera un corderillo, y le van haciendo crecer poquito á poco, sin pensar que un día

sacará las uñas y los dientes y devorará á ellos mismos y á los demás.

—Precisamente pienso eso mismo—respondió Alberto.

—Y ¿es acaso eso lo que Ud. desea?

—Yo no deseo más que el bien de todos.

—Á costa de algunos. ¿No es verdad?

—Sería siempre eso más justo que el bien de algunos á costa del de todos.

Todos protestaron á coro. El empleado hizo un gesto de desdén, y la discusión estaba á punto de tomar mal carácter, cuando Cambiari la interrumpió con una broma, y la cortó después, de pronto, la aparición de un criado, con una gran bandeja llena de copas.

Entonces todos se pusieron de pie, formaron varios grupos, conversando en voz baja y reconcentrada. Alberto siguió comprendiendo por los gestos y las miradas de unos y de otros, que le arrancaban la piel, y se apenaba de que las señoras no le eran menos hostiles que los hombres. Ya durante la conversación, no obstante las risas provocadas por ciertas respuestas suyas epigramáticas, él había cogido al vuelo y había advertido y sorprendido ojeadas malévolas y casi despreciativas. Y aquel abandono,

para el cual no estaba preparado, del sexo bello, que le había siempre acariciado con los ojos y con la palabra, le entristeció. Se encontraba solo en un rincón. Buscó con la mirada á la señora Luzzi.

Estaba al lado de él, como si hubiese adivinado sus melancólicos pensamientos.

Él le dijo bajo, pero con calor:—Gracias.

Y vió que sus ojos bellos, como no se lo habían parecido jamás, se velaron.

. . . . . .